

V.—EL GENERAL SE PASEA LIBREMENTE POR ORDEN DE ROULETABILLE

BUENOS días, mi querido diablillo familiar! El fin de la noche ha sido excelente para el General. No ha vuelto a tomar el narcótico. Estoy segura de que esa horrible mixtura es lo que le inspira funestos ensueños. Vos, mi querido amigo, no habéis descansado ni un segundo. Lo sé bien: os he sentido trotar por toda la casa como un ratoncillo, y eso me parecía muy bien. ¡Dormitaba tan dulcemente oyendo el ligero y furtivo paso de vuestras patitas! ¡Gracias por el sueño que me habéis hecho gozar, querido amigo!

Así saludaba Matrena al día siguiente de aquella noche febril a Rouletabille, a quien había encontrado en el jardín fumando tranquilamente su pipa.

—¡Ah! ¿Fumáis?—añadió.—¡Muy bien! Así tenéis más semejanza con el pequeño *domovoi-doukh*. ¡Mirad cómo se os parece! Fuma exactamente como vos. No hay nada de nuevo; ¿eh? ¡No, nada! No tenéis aire de satisfecho por la mañana. Estaréis fatigado. Acabo de arreglar para vos una pequeña habitación, la única que tenemos libre, detrás de la mía. Vuestro lecho os espera. ¿Necesitáis algo? Decidlo. Aquí todo os pertenece.

—No necesito nada, señora—dijo el joven, sonriendo por la locuacidad de la heroica dama.

—¿Qué decís, hijo mío? ¡Vais a poneros malo! Quiero que descanséis. Quiero ser para vos como una madre. ¡Pajost! (os lo ruego). Es preciso obedecerme, hijo mío. ¿Os habéis desayunado? Si no os desayunáis, creeré que estáis enojado. Me aflige mucho que hayáis oído *el secreto de la noche*. Temía que os marchaseis para siempre, y también que formaseis mal concepto del General. No hay en el mundo un hombre mejor que Feodoro; y es preciso que tenga una bellísima conciencia, para atreverse a cumplir sin desfallecer deberes tan terribles como los de Moscovia, teniendo tanta bondad de corazón. Esas tareas son fáciles para los perversos; pero para los buenos..., para los buenos que discurren, que saben lo que hacen, y que no ignoran que serán condenados a muerte sobre la marcha... ¡Es terrible, terrible, terrible! En el momento en que las cosas empezaron a torcerse en Moscovia, le dije: “Ya sabes lo que te espera, Feodoro; es un trago bien amargo. Pide que te trasladen por enfermo.” ¡Creí que me pegaba! “¡Yo traicionar al Emperador en tales momentos! ¡A Su Majestad, a quien todo se lo debo! ¿Eso crees, Matrena Petrovna?” Y luego estuvo sin hablarme durante dos días. Cuando conoció que iba a caer enferma, me perdonó; pero debía de conservar mucho enojo por mis incesantes jereniadas y por los aspavientos de Natacha, que se ponía mala cada vez que se oía en la calle un tiro de fusil. Natacha había asistido a los cursos de la Facultad. ¿Lo sabíais? Y conocía a muchos de los muchachos, y aun de las muchachas que entonces se hacían matar en las barricadas. ¡Ah; la vida no era muy grata en su casa para el General! Sin contar con que allí estaba también Boris, a quien ciertamente amo como a un hijo, y

que desearía ver unido a nuestra Natacha; el pobre Boris, que siempre volvía del combate más pálido que un muerto, y que no hacía más que gemir con nosotras.

—¿Y Miguel?—preguntó Rouletabille.

—Miguel no fué hasta última hora; es un nuevo oficial ayudante del General. El Gobierno de San Petersburgo es quien se lo envió, porque no ignoraba que Boris no mostraba mucho celo en la represión, ni alentaba al General a mostrarse tan severo como hacía falta para la salvación de nuestro Imperio. Miguel es un corazón granítico, que no conoce más que la consigna, y que mataría a su padre y a su madre gritando “¡Viva el Czar!” En verdad, su corazón sólo se ha conmovido en presencia de Natacha, lo cual también nos ha causado mucho tormento a Feodoro y a mí. Era una complicación inútil, que hubiéramos querido evitar casando pronto a Natacha con Boris; pero, con gran sorpresa, nuestra Natacha no ha querido. No ha querido, porque dice que siempre habrá tiempo de pensar en bodas, y que no tiene ninguna prisa por separarse de nosotros. Entretanto, conversa con Miguel como si nada temiera de su amor, y él no parece desesperado, aunque sabe el proyectado enlace entre Natacha y Boris. Y mi hijastra no es coqueta. ¡No, no; no se puede decir que sea coqueta! Por lo menos, no se puede decir que lo haya sido hasta la llegada de Miguel. ¿Acaso será coqueta? Las muchachas son un misterio insondable, sobre todo cuando en toda ocasión tienen la mirada tranquila y reposada de Natacha: un rostro—tal vez lo habréis notado, caballero—cuya belleza no se inmuta, vea u oiga lo que quiera, excepto cuando el fusil mata en la calle a sus compañeros de estudios. Entonces yo la he visto enfermar, lo que prueba que tiene un gran corazón bajo su impasible belleza. ¡Pobre Natacha! Sé que está tan inquieta como yo

por la vida de su padre. Amigo mío, yo la he visto buscando conmigo bajo los muebles las bombas infernales en las tinieblas de la noche. Luego ha comprendido que era infantil, indigno de nosotros, arrastrarnos como estúpidos cobardes debajo de los muebles, y me ha dejado buscar sola. Es verdad que apenas se separa del General, que a su lado está tranquila y nos tranquiliza a todos, y que eso causa a su padre excelente efecto moral, mientras que yo voy de un lado a otro, inquiero sin cesar. Mi hijastra se ha hecho tan fatalista como el General, y ahora canta versos con la guzla como Boris, o habla en los rincones con Miguel, lo cual enrabieta a uno y otro. ¡Son curiosas, muy curiosas, las muchachas de San Petersburgo y de Moscovia! En nuestro tiempo no éramos así en Orel. No irritábamos a nadie..., y de vez en cuando recibíamos algún que otro coscorrón.

En esto apareció Natacha, dichosa con su blanco tocado, sonriente y fresca como una muchacha que ha pasado excelente noche. Gentilmente se informó de la salud del joven, besó a Matrena como se besa a una madre bien amada, y la reprendió por su velada de la noche anterior.

—¿Todavía no has acabado, mamá, querida mamá? ¿No vas a ser al fin un poco razonable? ¡Te lo ruego! ¿Por qué me ha dado Dios una madre sí? ¿Por qué no duermes? *La noche se ha hecho para dormir.* Es Kuprian quien te ha trastornado la cabeza. Todas las funestas historias de Moscovia han concluído; no hay que pensar ya en ellas. Kuprian se hace el importante con su policía, y os enloquece a todos. Estoy persuadida de que lo de las flores es cosa de sus agentes.

—Señorita—dijo Rouletabille,—los he despedido a todos, porque no estoy lejos de pensar como vos.

—Entonces, seréis mi amigo, señor Rouletabille: os lo

prometo, ya que habéis hecho eso. Ahora que los agentes se han marchado, nada tenemos que temer. ¡Nada! Y te lo digo, mamá: puedes creerme, y deja de llorar ya, mamá querida.

—¡Sí; bésame, bésame otra vez!—repetía Matrena enjugándose los ojos.—*¿Cuando me besas, todo lo olvido!* ¿Me amas como a tu madre? ¿Di?

—¡Como a mi madre! ¡Como a mi verdadera mamá!

—¿No tienes ningún secreto para mí, Natacha?

—¡Ninguno!

—Entonces, ¿por qué haces sufrir a Boris? ¿Por qué no te casas con él?

—¡Porque no quiero dejarte, madre querida!

Y se escapó saltando por las platabandas detrás de *Khor*, a quien acababan de dar suelta.

—¡Querida niña!—dijo Matrena.—¡No sabe cuánto nos aflige a veces, sin querer, con sus extravagantes ideas! Es lo que un día me decía su padre en Moscovia: “Matrena Petrovna, te lo digo como lo siento: Natacha es víctima de los malos libros, que han exaltado el cerebro de todos esos pobres niños sublevados. Si; más valdría para ella y para nosotros que no supiera leer, porque hay momentos—te lo aseguro—en que divaga, y más de una vez he pensado que, con semejantes ideas, su sitio no es este salón, sino detrás de una barricada. De todos modos—añadió después de una breve reflexión,—mejor quiero encontrarla en el salón, donde la beso, que detrás de la barricada, donde la mataría como a un perro rabioso.” Pero mi marido, querido señor, no decía lo que pensaba; porque adora a su hija más que a todo en el mundo, y hay cosas que un general, aunque sea general gobernador, no puede hacer sin violar todas las leyes divinas y humanas. También sospecha que Boris trastorna la cabeza a nuestra Natacha.

¡Habría que ver! Cuando estén casados, podrán leer lo que quieran. Mi marido tiene en mucha estima a Miguel Korsakof, a causa de su carácter irreducible y por su conciencia de granito. Más de una vez me ha dicho: “¡He aquí el ayudante que hubiera necesitado en los días nefastos de Moscovia: *me hubiera ahorrado mucho trabajo personal!*” Por parte del General, lo comprendo; pero que ese carácter de tigre pueda complacer a Natacha, o que no la desagrade... ¡A estas muchachas de la capital no se las conoce nunca! ¡A cualquiera le confunden!

Rouletabille interrogó:

—¿Por qué preguntaba Boris a Miguel si entrarían a la vez? ¿Es que viven juntos?

—Sí; en una pequeña quinta de Krostowsky Ostrov, la isla que está frente a la nuestra, y que se divisa desde el saloncillo. Boris es quien la ha escogido, a causa de eso. Los oficiales ayudantes desearían que les pusieran una cama de campaña en la casa misma del General, por natural afecto; pero me he opuesto a ello por alejar a ambos de Natacha, en quien claro es que tengo absoluta confianza, y a la cual no se puede hacer responsable de la extravagancia de los hombres.

Ermolai fué a buscar a los interlocutores para decirles que tenían preparado el desayuno. Volvieron a encontrar a Natacha, ya instalada en la mesa, y que comía vorazmente una tarta de anchoas y de caviar.

—¿A que no sabes, mamá—dijo Matrena,—por qué tengo tanto apetito? ¡Porque pienso en la cara que habrá puesto ese pobre Kuprian! Tengo grandes deseos de verle.

—Si le veis—dijo Rouletabille,—es inútil que le digáis que el General va a dar un paseo por las Islas esta tarde, porque no dejaría de enviar un escuadrón de gendarmes.

—¿Papá? ¿Un paseo por las Islas? ¿Es de veras? ¡Qué contento va a ponerse!

Pero Matrena Petrovna se había levantado.

—¡Cómo!—exclamó.—¿Os habéis vuelto loco, mi querido *domovoi*, verdaderamente loco?

—¿Por qué? A mí me parece muy bien. ¡Corro a decírselo a papá!

—Tu padre está encerrado—dijo secamente Matrena.

—¡Sí, sí; encerrado! ¡Y tú tienes las llaves! ¡Encerrado hasta la muerte! ¡Le mataréis! ¡Tú eres quien ha de matarle!

Se levantó de la mesa sin esperar la réplica de Matrena, y también fué a encerrarse en su cuarto. Matrena miraba a Rouletabille, que continuaba desayunándose como si nada hubiera ocurrido.

—¡Ah! Pero ¿es que habláis seriamente?—le preguntó, sentándose a su lado.—¡Un paseo! ¡Y sin policía! ¡Cuando todavía esta mañana hemos recibido una carta anunciando *que antes de cuarenta y ocho horas habrá muerto el General!*

—¿Cuarenta y ocho horas?—dijo Rouletabille, empapando en el chocolate una rebanada de pan untado con manteca.—¿Cuarenta y ocho horas? ¿Es posible? En todo caso, yo sé que intentarán algo muy pronto.

—¡Dios mío! ¿Qué os lo hace suponer? Habláis con una seguridad...

—Señora, es preciso hacer al pie de la letra todo lo que voy a deciros.

—¡Pero hacer salir al General sin ir guardado! ¿Cómo podéis cargar con responsabilidad semejante? Cuando lo pienso, cuando lo pienso bien, me pregunto cómo os habéis atrevido a despedir a la policía. Pero al menos aquí en casa ya sé lo que hay que hacer para estar casi tran-

quilos; sé que abajo, con el aya y Ermoli, no tenemos nada que temer. Ninguna persona extraña tiene el derecho de acercarse ni siquiera al sótano. Las provisiones las traen a la portería nuestros *dvomicks*, a quienes hemos traído de casa de mi madre, que vive en Orel, y que nos son adictos como *bull-dogs*. Ninguna caja de conservas entra aquí sin haber sido abierta fuera de antemano; no se recibe ningún paquete de los proveedores sin haberle abierto también en la portería. Aquí dentro podemos estar casi tranquilos, hasta sin policía; pero ¡fuera!

—Señora, intentan matar a vuestro marido antes de cuarenta y ocho horas. ¿Queréis que yo le salve, tal vez para mucho tiempo, acaso para siempre?

—¡Ah! ¡Cómo habla, cómo habla el pequeño *domovoi*! Pero ¿qué dirá Kuprian, cuando no quiere permitir ninguna salida, a lo menos por el momento? ¡Ah! ¡Cómo me mira el querido *domovoi*! Pues bien, sí; haré lo que queráis.

—Entonces, venid conmigo al jardín.

Matrena bajó, apoyándose en el brazo del joven periodista.

—Escuchadme—dijo Rouletabille.—Esta tarde saldremos con el General. Todo el mundo seguirá a su cochecillo; todo el mundo, oidlo bien. Quiero decir (compredecme, señora) que se invitará a ir a todos los que quieran acompañarnos: *sólo se quedarán los que quieran quedarse*. Y no se insistirá en ello. Sí; ya me habéis comprendido. ¿Por qué tembláis, pues?

—Pero... ¿quién guardará la casa?

—Nadie. Diréis sencillamente al suizo que desde la portería mire quién entra en la quinta; pero desde la portería, sin separarse de ella, y sin hacer ninguna observación.

—Haré lo que queráis. ¿Hay que anunciar de antemano la salida?

—¿Cómo no? No os retraséis. Dad a todo el mundo la buena nueva.

—¡Oh! No se lo anunciaré más que al General y a sus amigos. Bien comprenderéis...

—¡Ah, querida señora! ¡Una palabra más! No me esperéis para el almuerzo.

—¡Cómo! ¿Vais a dejarnos?—exclamó Matrena alarmada.—¡No, no! ¡No quiero! Puedo quedarme sin policía; ¡pero quedarme sin vos!... Todo puede ocurrir durante vuestra ausencia. ¡*Todo, todo!*—repetía con energía singular.—¡Porque yo no puedo, *no puedo vigilar como tal vez será preciso!* ¡Ah! ¡Me hacéis decir unas cosas! ¡No os vayáis!

—¡No temáis nada! No os abandonaré, señora; pero puede ser que no venga a almorzar. Si os preguntan dónde estoy, decid que ocupado en mi oficio, que he ido a la ciudad a conferenciar con los hombres políticos.

—En Rusia no hay más que un hombre político—replicó crudamente Matrena Petrovna,—y es el Czar.

—Pues bien; decid que he ido a conferenciar con el Czar.

—Pero no me creerán. ¿Y dónde estaréis?

—No lo sé; pero estaré en la casa.

—¡Bien, bien, querido *domovoi*!—Y se alejó, sin saber lo que pensaba ni lo que debía pensar; con la cabeza perdida.

En el curso de la mañana llegaron Atanasio Georgevitch y Tadeo Tchichnikof. El General se hallaba en la galería. Miguel y Boris no tardaron en presentarse, y se informaron de cómo había transcurrido la noche sin policía. Cuando todos supieron que Feodoro iba a dar un paseo por la tarde, hubo aplausos. “¡Bravo! ¡Un paseo a la Strielka! (a la punta de la isla) a la hora de la animación! ¡Está muy bien! ¡Allá iremos todos!” El General convidó a almorzar

a todo el mundo. Natacha pareció bastante melancólica durante la comida. Un poco antes del almuerzo había terido en el jardín una doble conversación, primero con Boris y luego con Miguel. Tal vez nunca se hubiera sabido lo que hablaron los tres jóvenes, si no nos dieran un resumen de ello algunas notas taquigráficas que Rouletabille había consignado en su cartera: el repórter debió de sorprenderlos por pura casualidad, porque era incapaz de escuchar a las puertas como cualquier honrado repórter que se respeta.



NOTAS DE LA CARTERA DE ROULETABILLE

Natacha baja al jardín con un libro, que da a Boris, el cual le da en la mano un prolongado beso: "He aquí vuestro libro—dice ella;—os lo devuelvo. No quiero más, porque encuentro en ellos ideas que me hierven en la cabeza, y eso me produce jaquecas. Es verdad; tenéis razón: no me agradan las novedades, y me atengo a Pouchkin. Todo lo demás no me importa. ¿Habéis pasado buena noche?"

Boris (arrogante joven de unos treinta años, rubio, afeminado, triste, cualidades curiosas en un caballero que al hablar se apoya en un gran sable). No hay una hora que yo pueda llamar verdaderamente buena si la paso lejos de vos, mi querida Natacha.

—Os pregunto seriamente si habéis pasado buena noche.

La joven le coge la mano un instante, y le mira; pero él mueve la cabeza.

—¿Qué habéis hecho esta noche al entrar en vuestra casa?—pregunta ella con insistencia.—¿Habéis velado también?

—Os obedezco: no estuve más que media hora a la ventana mirando la quinta, y luego me acosté.

—Sí; es preciso que descanséis. Lo deseo tanto por vos mismo como por todos. Esta vida febril es imposible. Matrena Petrovna nos hará enfermar a todos, y no habremos adelantado nada.

—Ayer—dijo Boris—estuve mirando la quinta una media hora desde mi ventana. ¡Querida quinta, querida noche en que os sentía respirar, vivir cerca de mí, como si hubierais estado junto a mi corazón! Sentía deseos de llorar, a causa de Miguel, a quien oía silbar en su habitación. Parecía feliz. Por último dejé de oírle, y ya no percibía más que el doble coro de las ranas en los estanques de las Islas. Nuestros estanques, Natacha, se parecen a los encantados lagos del Cáucaso, que duermen de día y cantan de noche: hay allí innumerable multitud de ranas que entonan el mismo acorde, unas en tono mayor y otras en tono menor. Los coros hablan de estanque a estanque; se lamentan, gimen a través de los campos y jardines, y se responden como arpas eólicas colocadas frente a frente.

—¿Tanto ruido hacen las arpas eólicas, Boris?

—¡Sonreís! Por momentos me parecéis más cambiada. ¡Es Miguel quien os trasforma! ¡Estoy al cabo de todo! (Aquí unas palabras en ruso.) ¡No me sentiré tranquilo hasta que sea vuestro esposo! No comprendo vuestra conducta con Miguel.

(Otra vez algunas palabras rusas que no comprendo.)

—Hablad en francés, porque anda por ahí el jardinero—dijo Natacha.

—No me agrada la vida tal como habéis arreglado las cosas. ¿Por qué retrasar nuestro matrimonio? ¿Por qué? (Palabras en ruso de Natacha; gesto de desesperación de Boris.)

—¿Cuánto? ¿Decís que mucho tiempo? Eso no quiere decir nada. ¿Un año, dos años, diez años? ¡Hablad, o me mato a vuestros pies! ¡No, no! ¡Hablad, o mato a Miguel! ¡Palabra de honor: le mato como a un perro!

—*Os juro sobre la cabeza de vuestra madre, Boris, que la fecha de nuestro matrimonio no depende de Miguel.*

(Algunas palabras en ruso. Boris, un poco consolado, besa largamente la mano de la joven.)

Conversación entre Miguel y Natacha en el jardín:

—¿Y bien? ¿Se lo habéis dicho?

—Acabaré por hacerle comprender que no debe alentar ninguna esperanza. Hay que tener paciencia, como la tengo yo.

—¡Es bien estúpido y zalamero!

—Estúpido, no. Zalamero... ¡Bien, si queréis! También vos sois zalamero...

—¡Natacha, Natacha! (Aquí palabras en ruso.)

Y como Natacha se aleja, Miguel le pone la mano en un hombro, la detiene, y le dice mirándola a los ojos:

—Esta noche habrá una carta de Annouchka en el correo de las cinco. (Acentuando cada sílaba.) Es muy importante, y *requiere contestación inmediata.*

Estas notas no iban seguidas de comentario alguno.



Después del almuerzo aquellos señores jugaron al *poker* hasta las cuatro y media, que es la hora "chic" para el paseo a la Strielka. Rouletabille había ordenado a Matrena que el paseo fuera exactamente a las cinco menos cuarto, y en el momento preciso se presentó, anunciando que venía de conferenciar con el alcalde de San Petersburgo, lo cual hizo reventar de risa a Atanasio, que no comprendía en modo alguno que nadie viniera de París para conversar

"con tales gentes". Natacha salió de su habitación para tomar parte en el paseo. A su padre le pareció que no tenía "buena cara".

Salieron de la quinta. Rouletabille se cercioró de que los *dvornicks* se hallaban delante de la verja y de que el *schwitzar* se encontraba en su sitio, desde donde podía ver a toda persona que entrara o saliera en la quinta. Matrena empujaba por sí misma el cochecillo. El General estaba radiante. A su derecha iba Natacha, y a su izquierda, Atanasio y Tadeo. Los dos oficiales ayudantes seguían detrás, conversando con Rouletabille, que se los había atraído. La plática giraba sobre la abnegación de Matrena Petrovna, que ensalzaban sobre los rasgos heroicos más bellos de la antigüedad, y también sobre el amor de Natacha por su padre. Rouletabille los hacía hablar.

Boris Mourazof dijo que aquel amor excepcional se explicaba por el hecho de que la madre de Natacha, la primera mujer del General, murió al dar a luz a su hija, y que Feodoro Feodorovitch había sido para ella a la vez padre y madre. La había educado con el más delicado esmero, y cuando estuvo enferma, a nadie cedió el puesto a la cabecera de su lecho.

Natacha tenía siete años cuando Feodoro fué nombrado gobernador de Orel, en cuyos alrededores, durante el verano, el General y su hija fueron vecinos de la familia del anciano Petroff, uno de los más ricos comerciantes en pieles de toda Rusia. El viejo Petroff tenía una hija, Matrena, de vistoso continente, como una bella planta de los campos. Siempre tenía buen humor, y nunca hablaba mal del prójimo. No tenía los elegantes modales de las señoras de la ciudad; pero sí un grande y sencillo corazón, con el cual amó inmediatamente a la pequeña Natacha.

La niña correspondía al afecto de Matrena, y viéndolas

siempre contentas por estar juntas, Trebassof pensó en reconstituir su hogar. Pronto se acordó la boda, y cuando la niña supo que su buena amiga Matrena iba a casarse con su papá, saltó de gozo. Pero sobrevino una desgracia algunas semanas antes de la ceremonia del desposorio. El viejo Petroff, que especulaba en Bolsa hacía mucho tiempo sin que nadie lo supiera, quedó completamente arruinado. Matrena fué quien una noche dió a Feodoro Feodorovitch la triste noticia, y al mismo tiempo le devolvió su palabra. Por toda respuesta, Feodoro puso a Natacha en los brazos de Matrena. “¡Besa a tu madre!”, dijo a la niña; y a Matrena: “Desde hoy te considero como a mi mujer, Matrena Petrovna. Debes obedecerme en todo. Da a tu padre esta respuesta, y dile que mi bolsa está a su disposición.”

Por aquella época, aun antes de haber heredado de los Cheremaief, el General era ya inmensamente rico. Allende el Nijui poseía tierras tan vastas como una provincia, y hubiera sido difícil contar el número de *mujiks* que trabajaban para él en sus haciendas. El viejo Petroff cedió su hija, y no quiso aceptar nada en cambio. Feodoro hubiera deseado constituir una buena dote a su mujer; pero el viejo se opuso a ello, y a Matrena le pareció perfectamente, a causa de Natacha. “Es la fortuna de la niña—dijo.—Consiento en ser su madre; pero a condición de no perjudicarla en un kopeck.”

—Así, pues—concluyó Boris,—si el General muriese mañana, Matrena sería tan pobre como Job.

—Por tanto, el General es el único bien de Matrena—dijo Rouletabille, reflexionando en alta voz.

—Comprendo que le guarde bien—dijo Miguel Korsakof, lanzando una bocanada de humo de su rubio cigarro.—¡Miradla! ¡Le vigila como a un tesoro!

—¿Qué queréis decir, Miguel Nikolaievitch?—dijo Bo-

ris con voz seca.—¿Creéis que la abnegación de Matrena Petrovna no es desinteresada? Preciso es que la conozcáis bien mal, para que oséis emitir semejante pensamiento.

—Nunca he pensado eso, Boris Alexandrovitch—replicó el otro en tono más seco todavía.—Para imaginar que alguien que vive en casa de los Trebassof pueda tener tal pensamiento, hace falta sin duda tener un corazón de chacal.

—¡Hablares de eso, Miguel Nikolaievitch!

—¡Cuando queráis, Boris Alexandrovitch!

Cambiaron estas palabras mientras seguían tranquilamente su camino fumando negligentemente su tabaco rubio. Rouletabille iba entre ambos; pero no los miraba, no paraba la atención en su querella: no tenía ojos más que para Natacha, que acababa de separarse del coche de su padre y pasaba cerca de ellos, saludándolos con un rápido movimiento de cabeza. Parecía tener prisa por tomar el camino de la quinta.

—¿Nos dejáis?—preguntó Boris a la joven.

—¡Oh! En seguida me reuniré con vosotros. He olvidado la sombrilla...

—Yo iré a buscarla—dijo Miguel.

—¡No, no! Tengo que hacer en la quinta. Al instante vuelvo.

Ya estaba lejos. Rouletabille miraba a Matrena, que también le miraba a él, volviendo hacia el joven su rostro pálido como la cera. Pero nadie advirtió la emoción de la buena mujer, que volvió a empujar el coche del General. Rouletabille preguntó a los oficiales:

—¿Era rica la primera mujer del General, la madre de Natacha?

—No. El General, que siempre ha tenido el corazón en

la mano—dijo Boris,—la tomó por esposa a causa de su gran belleza. Era una linda muchacha del Cáucaso, aunque de excelente familia, que Feodoro conoció cuando estaba de guarnición en Tiflis.

—En resumen—dijo Rouletabille:—*el día que el General Trebassof muera, la Generala, que todo lo posee en este momento, no tendrá nada, y la hija, que nada tiene, lo tendrá todo.*

—Exactamente—dijo Miguel.

—Eso no impide que Matrena Petrovna y Natacha Feodorovna se amen mucho—añadió Boris.

Se acercaban al límite de su excursión. Hasta allí habían gozado en el paseo de la dulzura campestre entre las pequeñas praderas surcadas por frescos arroyuelos, sobre los cuales habían echado puentes infantiles en medio de elegantes jardines guardados por enanos de porcelana, a la sombra de unos árboles a cuyo pie la hierba recién cortada embalsamaba el ambiente. Aquel sitio estaba rodeado de estanques microscópicos, del tamaño de espejos, en los cuales un pintor escenográfico parecía haber dibujado el verde follaje de los nenúfares; rusticidad adorable, que parecía creada en las Edades antiguas para recreo de una reina, y conservada, acicalada y cuidada piadosamente de siglo en siglo para eterno encanto de la vida en las riberas del golfo de Finlandia.

Yendo por el ribazo, se oía chapotear el agua en el vientre de ligeros barquichuelos que, gracias como inmensos y rápidos pájaros marinos, se inclinaban bajo el peso de sus grandes alas blancas.

Por el camino más ancho deslizábase silenciosamente y al paso la doble fila de coches de lujo, cuyos caballos resoplaban de impaciencia, calesas que conducían a los grandes personajes de la Corte. Los cocheros, enormes como

los de Ali-Baba, tenían en alto las riendas. Algunas lindas muchachas negligentemente reclinadas en mullidos cojines mostraban sus nuevos tocados a la moda de París, y se hacían acompañar por oficiales a caballo que iban muy ocupados en repartir saludos, luciendo vistosos uniformes. No se oía ni una palabra. Nadie hacía otra cosa que mirar. Tan sólo se elevaba en los aires, puro y ligero, el ruido de los arreos y el tintineo argentino de las campanillas que rodeaban el cuello de los peludos caballitos de Finlandia. Todo aquello, tan hermoso, tan fresco, encantador, ligero y *silencioso* semejaba tanto más un sueño, cuanto que parecía suspendido entre el cristal del aire y el del agua. La transparencia del cielo y la del golfo unían dos irrealidades, sin que fuera posible descubrir el punto de sutura de los horizontes.

Rouletabille contemplaba aquel espectáculo, miraba al General, y sentía infinita tristeza, porque recordaba las terribles palabras de la noche: “¡Fueron por todos los rincones de la tierra rusa, y no encontraron uno solo donde no oyeran gemidos!” “Pues ¿y este rincón?—decía entre sí.—¿No lo habrán visitado? No he conocido nada tan bello ni tan feliz en el mundo.” ¡No, no, Rouletabille; allí no habían ido! Es que en todos los países hay un rincón reservado para los dichosos, adonde los pobres tienen vergüenza de acercarse, que no conocerán jamás, y cuya sola vista enfurecería a las madres hambrientas y con los pechos agotados. Y si ninguno hay tan placentero como aquél, es porque en ninguna parte de la Tierra es tan cruel la vida para algunos, ni tan grata para otros, como en aquel país de Escitia, aurora del mundo.

Sin embargo, bien pronto fué notado el pequeño grupo que rodeaba el cochecillo del General. Algunos paseantes saludaron, y pronto se difundió el rumor de que el gene-

ral Trebassof había salido a dar un paseo por "la punta". Todas las miradas se fijaban en nuestros amigos. Dándose cuenta de la emoción que causaba su presencia, el General rogó a Matrena Petrovna que dirigiera su cochecillo hacia la avenida adyacente, detrás de una cortina de árboles, donde con toda serenidad podía gozar del espectáculo.

No obstante, allí fué donde le encontró Kuprian, el jefe superior de policía, que le buscaba. Venía de la quinta, donde le dijeron que el General, seguido de sus amigos y acompañado por el joven francés, había ido a dar una vuelta por el golfo. Kuprian dejó su coche en la quinta, y tomó por un atajo.

Era un hombre arrogante, alto y fornido, de ojos claros. Su uniforme modelaba la musculatura de un atleta. Era generalmente estimado en San Petersburgo, donde su aire marcial y su bravura bien conocida le habían creado una especie de popularidad en la buena sociedad, que, en cambio, menospreciaba al jefe de la policía secreta, a Gounsovski, a quien creían capaz de todos los enjuagues y acusaban de haberse aliado alguna vez con los nihilistas, que trasformaba en agentes provocadores sin que ellos lo advirtieran, y los impulsaba a cometer atentados políticos de resonancia.

Personas bien informadas aseguraban que la muerte del penúltimo "primer ministro", a quien asesinaron delante de la estación de Varsovia en el momento en que regresaba a Peterhof, al lado del Czar, era obra suya, y que se había convertido en instrumento del partido que en la corte había jurado perder al hombre de Estado que le tenía sometido (1). En cambio, se creía unánimemente que Kuprian era capaz de terciar en tales horrores, y que,

(1) Algo de esto se dijo cuando la muerte de Plehwe, en la cual intervino Aref.

en cuanto era posible, se limitaba a desempeñar honradamente su cometido, limitándose a limpiar la calle de elementos de discordia, y a enviar a Siberia el mayor número de cabezas exaltadas que podía, desentendiéndose de compromisos que más de una vez han permitido a los enemigos del Imperio sostener que era difícil decir si los jefes de la policía rusa servían al Poder público o al partido revolucionario, considerando que al cabo de cierto tiempo de tan embrollados manejos ellos mismos no hubieran sabido determinarlos con precisión.

Aquella tarde Kuprian parecía estar muy nervioso. Saludó al General, y le reprendió por la imprudencia que cometía, aunque felicitándole por su bravura, y en seguida se dirigió a Routelabille, a quien llevó aparte.

—Habéis despedido a más hombres—le dijo,—y comprenderéis que eso no puedo admitirlo. Están furiosos, y les sobra razón. Públicamente habéis dado como explicación de su partida—la cual, naturalmente, ha dejado asombrados, estupefactos, a los amigos del General—la sospecha que había en la quinta de la posible participación de mis agentes en el último atentado. Eso es abominable, y en modo alguno he de admitirlo. Mis hombres no han sido educados a la manera de Gounsovski, y tratarlos de ese modo es inferirles una injuria cruel, que personalmente me ofende. Pero dejemos esto, que es de orden sentimental, y vengamos al hecho mismo, que demuestra una imprudencia excesiva, por no decir algo más, y que entraña para vos, para vos solo, una responsabilidad cuya importancia de seguro no habéis medido. Para decirlo todo, creo que habéis abusado extrañamente de la firma en blanco que os di por orden del Emperador. Cuando supe lo que habíais hecho, busqué al Czar, como era mi deber, y todo se lo he contado. Se sorprendió tanto como no podría encareceros, y

me ordenó que fuera a enterarme por mí mismo de los hechos y a devolver al General la guardia de que le habéis privado. Llego a las Islas, y no sólo encuentro la casa abierta como un molino donde todo el mundo puede entrar, sino que, además, me entero de que el General se pasea en medio de la multitud y a merced del primer miserable. Señor Rouletabille, estoy muy descontento, y el Czar tampoco se halla satisfecho. No más tarde que dentro de una hora, mis hombres volverán a ocupar su puesto en la quinta.

Rouletabille oyó en silencio hasta el fin. Nadie le había hablado nunca en aquel tono; estaba rojo, y próximo a estallar como una pelota de goma demasiado henchida. Al fin dijo:

—Y yo tomaré el tren esta noche.

—¿Partiréis?

—Sí; y vos guardaréis solo a vuestro General. Yo ya he hecho bastante. ¡Ah! ¿No estáis contento, ni tampoco el Czar? Es una contrariedad. Pero yo tampoco, caballero; tampoco yo estoy contento, y me despido de vos. Pero no olvidéis enviarme dentro de tres o cuatro días una carta dándome noticias de la salud del General, a quien quiero mucho. Encargaré una misa por él.

Dicho esto calló, porque reparó en la mirada de Matrena Petrona, mirada tan desolada, tan suplicante, tan desesperada, que la pobre mujer le inspiró de nuevo infinita piedad. ¡Natacha no había vuelto! ¿Qué podía hacer en aquel momento? Si Matrena amaba verdaderamente a su hijastra, ¡cuán atrocemente debía de sufrir! Kuprian hablaba; pero Rouletabille no le oía, y hasta había olvidado su propia cólera. Su espíritu había vuelto a sumergirse en el misterio.

—Caballero—acabó por decirle Kuprian sacudiéndole por la manga,—¿me oís? Os ruego que al menos me

respondáis. Admitid mis excusas por haberos hablado con ese tono. Las reitero. Os pido perdón; os ruego que me expliquéis vuestra conducta, que me parece imprudente, pero que, después de todo, tendrá alguna razón de ser. Tengo que explicársela al Emperador. ¡Respondedme! ¿Qué debo decir al Soberano?

—Nada—dijo Rouletabille.—No tengo ninguna explicación que dar, ni al Emperador ni a nadie. Le ofreceréis mis respetos, y me haréis el favor de visar mi pasaporte para esta noche.

Y suspiró:

—¡Es una contrariedad, porque esta noche entrábamos en algo muy interesante!

Kuprian le miró fijamente. Rouletabille no apartaba los ojos de Matrena Petrovna, cuya palidez sorprendió al jefe de policía.

—Oid—continuó el joven:—creo que habrá aquí alguien que me eche de menos. ¡Esa valerosa mujer! Preguntadle lo que prefiere; si todos vuestros policías, o su querido *domovoi*. Nos habíamos hecho ya muy buenos amigos. En fin, no dejéis de expresarle mi sentimiento cuando el terrible instante haya llegado.

A su vez era Koupriane quien se sentía turbado. Tosió y dijo:

—¿Creéis, pues, que el General corre un gran peligro inmediato?

—No lo creo; estoy seguro de ello. Su muerte es cuestión de horas. ¡Pobre hombre! Antes de partir no dejaré de advertírselo, para que se prepare convenientemente a hacer el gran viaje y pida perdón al Señor por haber tenido la mano un poco dura con esa pobre gente de Presnia.

—Señor Rouletabille, ¿habéis descubierto algo?

—Sí, señor Kuprian: he descubierto algo. ¿Creéis que iba a venir desde tan lejos para perder el tiempo?

—¿Algo que nadie sepa?

—Sí, señor Kuprian; sin lo cual, no me daría pena marcharme. Algo que no he confiado a nadie, ni aun a mi cartera, porque una cartera—¿no es verdad?—siempre puede perderse. Os lo digo, por si acaso quisierais registrarme antes de mi partida.

—¡Oh señor Rouletabille!

—¡Bah! ¡Que no es la policía poco expeditiva en vuestro país! Verdad es que ni más ni menos que en el mío. Sí; ya se ha visto que la policía, furiosa por no haber descubierto nada en un asunto de interés, detuvo a un repórter que había sido más listo que ella, para obligarle a hablar. Pero conmigo no vale eso. Podéis llevarme a vuestra famosa terrible sección: no desplegaré los labios, ni aun a fuerza de latigazos.

—Señor Rouletabille, ¿por quién nos tomáis? Sois huésped del Czar.

—¡Ah! ¡He ahí una palabra honrosa! Pues bien; yo me portaré con vos honradamente, señor Kuprian. Os diré lo que he descubierto. No quiero que por un necio resquemor del amor propio no podáis aprovecharos de algo que *tal vez* (digo *tal vez*) pueda permitir que el General se salve.

—¡Decid; os escucho!

—Pero, bien entendido, que una vez que os lo diga me daréis mi pasaporte y me dejaréis marchar.

—¿No podéis—preguntó Kuprian, cada vez más turbado y después de un momento de vacilación,—no podéis decírmelo y quedaros?

—No, señor. Desde el momento que me ponéis en la necesidad de explicar cada uno de mis actos, mejor

quiero partir y dejaros a vos esa “responsabilidad” de que hablabais hace un momento, mi querido señor Kuprian.

Inquieta y sorprendida por aquella larga conversación entre Rouletabille y el jefe de policía, Matrena Petrovna no cesaba de dirigirles una mirada de angustia, que se dulcificaba al fijarse en Rouletabille. Kuprian leyó en ella toda la fe que a la animosa dama inspiraba el joven repórter, y también conoció en la mirada de Rouletabille la extraordinaria confianza que aquel niño tenía en sí mismo. Al fin y al cabo, ¿no había sido bien probado en circunstancias en que todos los policías del mundo se declararon vencidos? Kuprian estrechó la mano de Rouletabille, y le dijo esta única palabra: “¡Quedaos!” Y saludando afectuosamente al General y a Matrena y rápidamente a los amigos, se alejó con aire pensativo.

Durante este tiempo el General, encantado de su paseo, refería a sus amigos historias del Cáucaso, creyéndose rejuvenecido y que revivía sus tiempos de subteniente en Tiflis. En cuanto a Natacha, no se la había vuelto a ver. Tomaron el camino de la vuelta por estrechos senderos desiertos.

La visita de Kuprian dió a Atanasio Georgevitch y a Tadeo, y también a los dos oficiales, ocasión para decir que era el único hombre honrado de toda la policía rusa, y Matrena Petrovna, una mujer resuelta que había sabido zafarse de una patulea de agentes que a veces son más revolucionarios que los mismos nihilistas. Conversando así llegaron a la quinta.

Al llegar preguntó el General dónde estaba Natacha, no comprendiendo que le hubiese abandonado de aquel modo en su primera salida. El *schwitzar* le respondió que la joven había regresado a la casa, que volvió a salir pró-

ximamente un cuarto de hora después, tomando el camino que habían seguido los paseantes, y que no había vuelto a verla.

Boris tomó inmediatamente la palabra.

—Habrà pasado al otro lado de los coches cuando nos hemos internado entre los árboles, General, y, no habiéndonos visto, continuaría su camino dando la vuelta a la isla por el lado de la Barca.

La explicación pareció muy plausible.

—¿Ha venido alguien más?—preguntó Matrena, esforzándose en afirmar la voz. Rouletabille veía temblar su mano en la empuñadura del coche, que no había soltado un segundo durante todo el paseo, rehusando la ayuda de los oficiales, de los amigos, y aun del mismo Rouletabille.

—Primero vino el jefe superior de policía, y me dijo que iba a salir a vuestro encuentro, barinia; e inmediatamente después, su excelencia el Mariscal de la Corte. Su excelencia volverá, aunque tiene mucha prisa, antes de tomar el tren de las siete para Tsarkoie-Selo.

Todo esto, naturalmente, fué dicho en ruso; pero Matrena traducía en francés y en voz baja las palabras del *schwitzar* a Rouletabille, que estaba a su lado. Entretanto el General había cogido la mano a Rouletabille y se la oprimía afectuosamente, como si con aquella muda presión le diera gracias por todo lo que el joven hacía por ellos. También él, Feodoro, tenía confianza, y le estaba reconocido por el aire libre que gracias a él acababa de respirar. Le parecía haber salido de una prisión. De todos modos, como el paseo le fatigó un poco, Matrena ordenó el reposo inmediato. Atanasio y Tadeo se despidieron. Los dos oficiales estaban ya en el fondo del jardín hablando fríamente, erguidos uno frente a otro, como soldados de palo.

Sin duda arreglaban entre sí las condiciones de un encuentro destinado a liquidar el pequeño altercado de aquella tarde.

El *schwitzar* subió al General a la galería en sus robustos brazos. Feodoro Feodorovitch pidió cinco minutos de tregua. A petición suya, Matrena hizo que le sirvieran una ligera colación. En verdad, a la buena señora la devoraba la impaciencia, y no se atrevía a hacer un solo gesto sin consultar con la mirada a Rouletabille. Mientras el General departía con Ermolai, que le colaba el té, el periodista hizo a Matrena un signo, que ella comprendió en el acto. Reunióse, pues, con el joven en el salón grande.

—Señora—dijo él rápidamente en voz baja,—id sin demora a ver lo que ha pasado allá.

Y con la mano le señalaba el comedor.

—Bien—contestó la dama.

Causaba pena mirarla.

—¡Vamos, señora; valor!

—¿Por qué no venís conmigo?

—Porque yo tengo otra cosa que hacer. Dadme las llaves del primero.

—¡No, no! ¿Qué queréis hacer?

—¡En nombre del Cielo! ¡No hay un segundo que perder! Haced por vuestra parte lo que os digo, y dejadme obrar libremente. ¡Las llaves! ¡Vamos; las llaves!

Se las arrancó, más bien que tomarlas, y le indicó por última vez el comedor con tal gesto de mando, que no resistió más. Entró en el comedor tambaleándose, mientras que él se lanzaba al primer piso. No tardó mucho. Sólo se tomó el tiempo necesario para abrir las puertas, echar una mirada a la habitación del General—¡una sola!—y volver, prorrumpiendo en un grito de gozo, tomada de su reciente y limitado conocimiento del ruso. ¡*Caracho!* (¡muy bien!).

¿Cómo Rouletabille, que no había invertido medio segundo en examinar el cuarto del General, podía estar tan seguro de que todo iba bien por aquel lado, cuando a Matrena le hacía falta, y esto varias veces al día, por lo menos un cuarto de hora de huroneo en todos los rincones para tranquilizarse muy relativamente cada vez que entraba en el cuarto de su marido? Si la heroica dama hubiera presenciado aquella rápida información, habría sentido desvanecerse toda su confianza y mandado llamar en el acto a Kuprian y sus agentes, reforzados con el personal de la *Okrana* (policía secreta). Rouletabille volvió silbando al lado del General. Feodoro y Ermolai estaban empeñados en animada conversación sobre el país de Orel. El joven no pensó en distraerlos, y bien pronto reapareció Matrena. Llegaba radiante. El joven le entregó las llaves, que ella tomó maquinalmente.

Parecía satisfechísima, y no trataba de disimularlo.

El mismo General reparó en su aire gozoso, y le preguntó qué le ocurría.

—Es la alegría que siento por nuestra primera salida desde que llegamos a las Islas—respondió.—Pero ahora hay que subiros para que descanséis, Feodoro. Estoy segura de que pasaréis buena noche.

—No dormiré si no dormís vos, Matrena.

—Os lo prometo. Desde que tenemos a nuestro querido *domovoi*, ya es posible dormir. Sabed, Feodoro, que fuma la pipa exactamente como el querido *domovoi* de porcelana.

—Y se le parece—dijo Feodoro.—Eso nos traerá suerte; pero quiero que él también duerma.

—¡Sí, sí—dijo Rouletabille sonriendo;—todo el mundo dormirá aquí! ¡Es la consigna! ¡Bastante se ha velado ya! Desde que la policía se ha marchado se puede dormir: creedlo, General.

—¡Ah! Os creo, a fe mía. En la casa sólo ellos eran capaces de preparar aquel ramillete. Ahora he reflexionado, y estoy tranquilo. Además, ocurra lo que ocurra, es preciso dormir. En la guerra, como en la guerra. ¡*Nichevó!*

Estrechó la mano a Rouletabille, y, según su costumbre, Matrena se cargó a la espalda a Feodoro Feodorovitch para subirle a su cuarto, tarea en la cual no quería que nadie la ayudase. El General besaba a su mujer en el cuello durante la ascensión, riéndose como un niño. Rouletabille se quedó en el *hall*, examinando atentamente lo que pasaba en el jardín. Ermolai, que acababa de bajar, le atravesaba para salir al encuentro de un personaje vestido de uniforme, en quien el joven reconoció inmediatamente al gran Mariscal de la corte, que le había conducido a la presencia del Czar. Sin duda Ermolai debió de decirle que la Generala estaba acostando a su señor, porque el Mariscal se dirigió al fondo del jardín, donde encontró a Miguel y a Boris, que hablaban en el kiosco. Allí conversaron los tres un rato después de los recíprocos saludos, de pie, delante de una mesa, en la cual el General y la Generala comían algunas veces cuando estaban en familia. Mientras conferenciaban, el Mariscal jugaba con una cajita de cartón blanco atada con una cinta de color de rosa. En aquel momento Matrena, que no había podido resistir al deseo de hablar un instante con Rouletabille y comunicarle el motivo de su alegría, reunióse con el joven.

—Querido *domovoi*—le dijo, poniéndole una mano en un hombro,—¿no habéis mirado por ese lado?

Y a su vez le indicaba el comedor.

—No. Os he visto, señora, y estoy suficientemente informado.

—¡Perfectamente! ¡Nada! ¡*No han trabajado!* ¡No han tocado al pavimento! ¡Bien segura estaba yo! ¡Es

espantoso lo que hemos hecho! Pero, en verdad, me siento aliviada y feliz. ¡Ah, Natacha; no te amo en vano! (Pronunció estas palabras con tierno acento de trágica sinceridad.) Cuando la vi partir, querido amigo, ¡ah!, me flaquearon las piernas. Cuando dijo: "He olvidado una cosa; vuelvo en seguida", creí que no iba a tener fuerzas para dar un solo paso. Pero ahora soy feliz. ¡Qué peso se me ha quitado del pecho, de encima del corazón, querido *domovoi*, a causa de vos!

Le besó amorosamente, y huyó a escape como una loca para volver a ocupar su puesto al lado del General.



NOTAS DE LA CARTERA DE ROULETABILLE

El asunto del escondrijo del pavimento, en el cual *no han trabajado*, nada prueba en pro ni en contra de Natacha (piense lo que quiera esa excelente Matrena Petrovna). Natacha puede muy bien estar prevenida por el extremo cuidado con que la Generala vigila el entarimado, removiendo sin cesar la alfombra; también puede haberla puesto en guardia la repentina facilidad que se le daba para trabajar allí. Después de haber visto a Matrena la primera vez levantar la alfombra debajo del sillón del General sin las necesarias prevenciones, mi opinión es que han renunciado definitivamente a la preparación de este atentado, dándose cuenta de que la mecha había sido descubierta. Matrena no ha reparado que el lazo que he tendido con el paseo a la "Punta" iba principalmente contra ella. Yo sabía de antemano que Natacha *había de ausentarse durante el paseo*, y, sin embargo, no esperaba nada de parte de Natacha, que no es una niña.

Pero tenía necesidad de cerciorarme de que Matrena no

detestaba a su hijastra y de que no había simulado los preparativos de un atentado en el comedor, en condiciones tales que indujeran a acusar a su hijastra. Y ahora estoy seguro de ello: la pobre señora es inocente. Si Matrena fuese un monstruo, la ocasión era oportuna: la ausencia de Natacha, su estancia insólita durante un cuarto de hora en la soledad de la quinta; todo impulsaría a Matrena, *que había entrado sola en el comedor para explorar bajo la alfombra*, a arrancar los últimos clavos del listón del entarimado, si realmente hubiera sido culpable de haber quitado los primeros, y Natacha estaba perdida. Matrena ha vuelto sinceramente satisfecha de no haber hallado ningún novedad, y ahora yo tengo la prueba material que me faltaba. Moral y físicamente,

Matrena está *excluida*. YA PUEDO HABLARLE

DEL TALADRO DEL ALFILER. CREO QUE

POR ESE LADO EL ASUNTO APRE-

MIA MAS QUE POR EL DE

LOS CLAVOS DEL

COMEDOR.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FERNANDO REYES"
1675 MONTERREY, MEXICO